

OBJETO QUE SE PROPONEN AL PERSEGUIR Á LOS REALISTAS.

Con esta táctica se proponen cansar á los amigos del trono y arrebatár la corona á sus últimos partidarios: esperan sumergir á estos en la desesperación, y precipitarlos á cometer imprudencias que se convertirán en daño propio y en daño de la monarquía legítima: lisonjéanse de que así les obligarán á hacer lo que siempre han hecho y lo que siempre les ha perdido: que se retirarán.

Tal ha sido la suerte de los realistas desde el principio de la revolución: habiéndoles desde luego despojado de todo, poco trabajo costó en lo sucesivo obtener de su desgracia un continuado triunfo. Buen cuidado tienen de repetirles, que nada tienen, que nada tendrán, y que no cuenten con nada para lo venidero. Se les han abierto las puertas de la Francia, pero al entrar se les han hecho leer escritas en el frontispicio las palabras que el poeta supuso grabadas en las puertas del infierno. «Entre quien quiera que sea; pero despójese de toda esperanza.» Vuelve á reproducirse contra los realistas la ley que les condenó en otros tiempos: la facción afila y retuerce en su seno esa ley como un puñal.

Si ofrecen los realistas lo único que les queda, su corazón y sus brazos, se los desechan. Solo el nombre de realista parece ser un padron de incapacidad, una sentencia de sufrimientos y de miseria. Los predicadores de la ingratitud se amalgaman con los partidarios de los intereses revolucionarios. Los realistas, dicen estos últimos, no son peligrosos: es inútil que nos ocupemos de su suerte. Si sobreviniera un peligro ya sabríamos encontrarlos. ¿Y no teméis manchar con tan inconsideradas palabras, no teméis dejar abrumados en la pobreza á esos mismos hombres de quienes por otra parte tenéis una idea tan elevada? ¿Qué clase de hombres son esos que á pesar de haberse visto rechazados en el tiempo de la prosperidad, contáis que os ayudarán en la hora del infortunio?

Razon tenéis: no se cansarán los realistas: consumarán el sacrificio. Su paciencia es tan imogotable como su amor al monarca.

CAPITULO XLIV.

LA FACCIÓN PERSIGUE Á LA RELIGION.

Los realistas defenderán al rey; separémoslos del trono: el altar sostendrá á la monarquía; no le dejemos levantarse. El sistema de los intereses revolucionarios es ante todo incompatible con la religión: con tra ella se dirigen los mayores esfuerzos del partido, porque ella es la piedra fundamental de la legitimidad.

Desde luego trataron de encender una guerra civil en los departamentos del Mediodía con ánimo de hacer recaer lo odioso de este asunto en los católicos. Se han inutilizado los proyectos de las cámaras: ninguna de las proposiciones religiosas que estas habían adoptado ha logrado salir de la cartera del ministro. De esto resulta una doble ventaja para los intereses revolucionarios: el sacerdote casado sigue cobrando su pensión, y el párroco parece de necesidad.

Así es que desde el regreso del primogénito de la Iglesia, nada se ha hecho para cerrar las heridas, ó poner término al escándalo de la Iglesia, y sin embargo, ¿qué es lo que no debe este reino á la religión católica? El primer apóstol de los franceses dijo al primer rey de los franceses al subir al trono: «Siembro adora lo que despreciaste: quemó lo que adoraste.» El último apóstol de los franceses dijo al último rey de los franceses al descender del trono. «Hijo de San Luis, remóntate al cielo.» Entre esas dos palabras

debe colocarse la historia de los reyes cristianísimos y buscarse el espíritu de la monarquía de San Luis.

No se han adoptado las proposiciones favorables al clero, pero se ha echado muy de menos la ley de 23 de setiembre. Sabido es que semejante ley es una mala ley financiera; pero en cambio es muy buena como medida revolucionaria. Sabido es que los diez millones de renta restituidos á la Iglesia, no harían la fortuna del clero; pero sería un acto de justicia y de religión. ¿Mas para qué sirven la justicia y la religión si con ellas se ha de contrariar el sistema de los intereses revolucionarios?

Marchando todo á medida de su deseo, dentro de veinte y cinco años, no habrá en Francia sacerdotes sino para atestiguar que en otro tiempo hubo altares. El partido entiende de cálculo y á fin de impedir que la raza sacerdotal vuelva á renovarse, se opone á que se le suministren los medios de una honrosa existencia: no ignora que unas pensiones insuficientes, precarias y sujetas á todos los percances del erario y á todos los acontecimientos políticos, no presentan bastante seguridad á las familias para que dejen abrazar á sus hijos el estado eclesiástico. No entregan las madres fácilmente sus hijos al desprecio y á la pobreza: seguro es pues el triunfo, si la facción sigue marchando como hasta el presente. No sé si la paciencia (1) pertenecería tanto al infierno como el cielo, por causa de su eternidad; pero sé que en este mundo fue concedida al malo. Es positiva la destrucción física y material del culto en Francia, si los enemigos secretos de la legitimidad, unas veces valiéndose de un pretexto y otras de otro, consiguen mantener el clero en el estado de abyección en que se encuentra actualmente sumergido.

En medio de sus hijos degollados en el campo de batalla sobre el que ha caído defendiendo el trono de San Luis, la religión extiende aun sus debilitados brazos para desviar los golpes que se descargan contra el rey; empero sus enemigos están muy vigilantes: cada vez que la ven hacer un esfuerzo para levantarse la abrumán con un nuevo golpe. Un venerable prelado había obtenido la dirección de los asuntos eclesiásticos: la distribución del pan de los mártires no estaba confiada sino á los que lo habían amasado con zizaña y que hasta para vender este pan amargo no usaban de medidas fieles. Han obligado á un honorable ministro á volver á poner las cosas en la misma ó en peor situación que tenían en tiempo de Bonaparte: el sacerdote ha vuelto á quedar sometido á la autoridad del lego y la religión ha venido á quedar bajo la vigilancia del siglo.

Cuando un párroco quiere percibir una mensualidad atrasada de su pensión, tiene que presentar su fe de vida al alcalde del pueblo: este escribe al subprefecto, que á su vez lo comunica al prefecto cuya prudencia puede elevarlo al conocimiento del jefe de sección del ministerio del interior, encargado de la dirección de los cultos: este jefe, si le acomoda, puede hablar del asunto que ha motivado la solicitud del párroco al ministro. Por último despues de examinado con la mayor detención el importante asunto, cuentan en la tesorería la cantidad de doce libras y diez sueldos para recompensar al hombre que consuela á los afligidos, que parte su último maravedí con los pobres,

(1) El admirable autor de los *Mártires* y del *Genio del Cristianismo* sabía muy bien que la paciencia es una virtud y que ni puede pertenecer al infierno, ni puede ser dada al hombre malo mientras permanezca en su maldad; por lo tanto es de suponer que usó esa palabra paciencia como sinónima de la perseverancia que el hombre emplea para llegar á sus fines. Si aun con esta salvedad se nota en este párrafo algo no muy consecuente, debe sin duda atribuirse al dolor que en su generoso ánimo causará la situación política que con tan vivos colores describe en este capítulo.

asiste á los enfermos, exorta á los moribundos, da sepultura á los muertos, y ruega por sus enemigos, por la Francia y por el rey.

Algunos bienes eclesiásticos habían sido enagenados sin contrato legal: al descubrir esta informalidad se temió que los que se titulaban poseedores hallasen medio de devolverlos á las iglesias: y para que no pudiera suceder el gobierno á toda prisa los incorporó al patrimonio nacional.

No se dan por satisfechos con quitar al clero los medios de mantenerse, todavía se esfuerzan cuanto les es posible, en desvirtuarlo á los ojos del pueblo. Han tenido por oportuno presentar en tiempo de un rey cristianísimo lo que no había llegado á verse durante el reinado de los ateos: un sacerdote ha tenido que comparecer como un criminal ante el tribunal de policía correccional y con su traje característico ha tenido que sentarse en el banco de las ramerías y los ladrones. El pueblo se llenó de admiración y la vista de causa tuvo que ser secreta.

Este odio á la religión es el carácter distintivo de lo que consumaron la perdición de Francia, y de los que siguen aun meditando su ruina. Detestan esta religión, porque la han perseguido, porque la eterna sabiduría y la divina moral de sus preceptos se hallan en contradicción con la vana sabiduría y la perversidad de corazón de que ellos hacen alarde. Roma en tiempo de sus buenas costumbres se consternó al ver que una mujer se presentó á pleitear ante los tribunales: esta falta de pudor les pareció indicio de alguna calamidad, y el Senado dispuso que se consultara á los oráculos.

Pero ¿cómo puede comprenderse que los que tienen alguna influencia en los destinos de la patria, y que los que suponen querer la monarquía legítima no han de ser amigos de la religión? ¿No nos ha causado ya males bastantes la impiedad? ¿No se ha derramado bastante sangre? ¿No se han vertido bastantes lágrimas? ¿No se dan aun por satisfechos de proscripciones, de expoliaciones y crímenes? No, aun se atreven á poner en duda las injusticias revolucionarias; aun vuelven á reproducirle los sofismas de 1789. Los sacerdotes, despues de la matanza de los carmelitas, las deportaciones á la Guyana; los ametrallados de Lyon, y los ahogados de Nantes; despues de la muerte del rey, de la reina, de madama Isabel y del jóven rey Luis XVII, los sacerdotes, decimos, despojados de todo, sin pan, sin asilo no son mas que un objeto de desprecio á los ojos de ciertos hombres de Estado. Si de esta manera seguimos, no tengo reparo en anunciar que el deseo del filósofo Diderot llegará á realizarse.

CAPITULO XLV.

ODIO DEL PARTIDO Á LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Si alguna cosa en el órden político, ó en el órden religioso se pone en contradicción con el sistema de los intereses revolucionarios y por consiguiente se opone al destronamiento de la familia legítima, el partido se estremece, se indigna, truena y estalla, y de aquí proviene su odio contra la cámara de los Diputados. Compasión causa oír á los titulados *constitucionales* negar la existencia de los gobiernos representativos, sostener que una cámara de Diputados debe reducirse á la obediencia pasiva, combatir la libertad de imprenta, encomiar la policía, y variar absolutamente de carácter y de lenguaje. ¡Y esos son los que en otro tiempo trataban de espíritus limitados, de esclavos y de enemigos de las luces á los que profesaban los principios de que ellos se jactan en la actualidad! Se habrán esos hombres convertido? No, su *liberalismo* en nada ha variado. Pero las doctrinas verdaderamente constitucionales han organizado al fin la cámara de los Diputados, y esta cámara quiere á la

vez la libertad y la religión, la Constitución y el rey legítimo: y aquellos hombres llenos de furor, al ver que veinte y cinco años de revolución han producido ese resultado, no quieren ya cámara. Declaman contra el gobierno representativo, porque este les contiene con su vigilancia y contra la libertad de imprenta porque ya no pueden monopolizarla: prométense volver á profesar los principios liberales cuando se haya cambiado la dinastía y cuando no haya que temer el restablecimiento de los altares.

Preciso es convenir en que la cámara de los Diputados ha hecho dos cosas por las que deben mirarla con horror los partidarios del sistema de los intereses revolucionarios. Al desterrar los regicidas y al suspender la venta de los bienes nacionales, ha puesto una barrera á la revolución; ¿cómo han de perdonarla nunca?

¿Qué tentativas no han hecho para destruirla despues de haberla calumniado! Siendo así que los miembros de dicha cámara han sido elegidos por los colegios electorales entre los mayores propietarios de la nación, en todas las clases de la sociedad, la facción se empeñó en persuadir á las naciones extranjeras que no había ninguna persona competente en los colegios electorales, y que la cámara elegida no se compone mas que de emigrados que carecen de propiedad territorial. ¡Qué dicha, si en vez de esos diputados fanáticos que nada escuchan sino en nombre de Dios y del rey, hubieran logrado reunir revolucionarios ilustrados que encorvándose bajo la autoridad, no hubiesen presentado ninguna resistencia á la voluntad de los ministros hasta el día en que despues de arregladas previamente todas las cosas, hubiesen declarado en nombre del pueblo soberano, que la nación quería cambiar de dinastía!

Mil planes se han formado para desembarazarse de la cámara: unas veces querían disolverla, pero desistieron por no haber aun ley electoral: otras veces querían despedir la quinta parte de los representantes; ¿pero cómo habían de arreglar las secciones? Y por otra parte, ¿ganaría algo el partido en tan insignificante reelección? Por último, sus inmoderados deseos les han impellido hasta el extremo de soñar en el aplazamiento indefinido de las cámaras, en la suspensión de la ley fundamental, y en que se siguiera arreglando el presupuesto por medio de reales órdenes. En el periódico oficial de la policía hemos visto el elogio de un ministro extranjero que ha aplazado para otro tiempo la Constitución que había prometido, y sigue gobernando solo con una perfecta moderación; paga escrupulosamente las deudas de aquel Estado, y es objeto de la adoración pública. ¿Lo entiendes, pueblo francés, pueblo grosero?

¿Oírás los prodigios que te cuento sin dar ni una señal de sentimiento?

Una cámara de buenos jacobinos, á quienes se podría dar el nombre de *moderados*, ó mas bien dicho ninguna cámara, eso es lo que el partido desearía. En cualquiera de esas dos eventualidades todas las ganancias redundarian en beneficio del sistema: con moderados de esta especie se podría destruir todo: con un ministerio propio se consigue todo lo que se quiere. Bien pronto esos *liberales* que propenden á lo arbitrario, acriminarían á la corona por esa misma arbitrariedad que aconsejan.

Me estremezco al explicar un plan tan bien combinado, y cuyo resultado será infalible no contrarrestándolo sin pérdida de tiempo. ¿Quién no concebirá inquietud al ver un ejército que maniobra tan perfectamente; que mina, ataca, invade, usa de todas armas, recluta á los ambiciosos y soborna á los débiles; que se da honores de opinión independiente, al mismo tiempo que predica autoridad absoluta; facción desprovista de talentos positivos, pero dotada de suma

astucia; facción cobarde, pusilánime, fácil de destruir, y que puede ser anonadada con una sola palabra; pero que cuando habrá gangrenado todas las clases de la sociedad, cuando todo lo habrá corrompido, y no verá motivo de temor, erguirá súbitamente la cabeza, arrancar á su corona de flores de lis, y poniendo en vez de ella el gorro encarnado, ofrecerá esa púrpura á la ilegitimidad?

Pero acaso no faltará quien me diga: cómo podeis creer que tal y tal persona, tan conocida por sus opiniones realistas, por sus actos, por su carácter moral y religioso, ha de entrar en una conjuración contra los Borbones solo porque sigue un sistema político contrario al vuestro?

Grave es semejante objeción para los que no la

miran de cerca y juzgan por la exterioridad; pero fácil es también el refutarla victoriosamente.

Cierto es que tal persona ha servido lealmente al rey toda su vida; pero tiene ambición; carece de bienes de fortuna; necesita empleos; ha visto que el favor era, digámoslo así, peculiar de cierta opinión, y se ha afiliado en ella. Otro sugeto había sido irreprochable hasta los Cien-días; pero durante este período ha flaqueado, y desde entonces se ha hecho irreconciliable: en otras personas se castiga la falta que han cometido, sobre todo si esta revela tanta falta de discernimiento como debilidad de carácter: los grandes intereses son menos enemigos de los Borbones que las pequeñas vanidades.

Otro observó una conducta heroica durante los



ACOGIMIENTO DE NANTES.

Cien-días; pero habiéndose dado por resentido posteriormente su orgullo, ha desertado por quejas personales á las banderas contra que había combatido. De nada le sirven sus ideas religiosas á otra persona, pues los revolucionarios han logrado persuadirle que el hablar en la *actualidad* de los intereses de la Iglesia es cometer una imprudencia, y dañarlos por demasiada precipitación. Otro es amante de la monarquía legítima, pero aborrece la nobleza y no es amigo del clero. Otro es adicto á los Borbones; ha servido á su causa, y seguiría sirviéndola, pero al mismo tiempo es apasionado de la libertad y de los resultados políticos de la revolución, teniendo además la ridiculez de creer que los realistas quieren destruir la libertad y retroceder al sistema antiguo. Otro podría creer en la existencia de algunos peligros, si no estuviera convencido de que los que gritan contra ellos, no lo hacen sino porque se hallan descontentos, y porque han visto frustradas sus intrigas y ambiciones personales. Por último, hay otra multitud de personas, y estas componen el mayor número, que como

frívolas y pusilánimes no quieren más que tranquilidad y placeres, temiendo hasta la idea de lo que podría turbarlos, y colocándose siempre al lado del que conceptúan más fuerte, porque así se imaginan tener mayores garantías de reposo.

Todas estas personas no pueden directamente considerarse como enemigos de la monarquía legítima, pero sirven de instrumento á la facción que pretende destruirla: la multitud que no reflexiona al ver que esas personas defienden á los hombres perversos y las opiniones revolucionarias, cree que con esos hombres perversos y en esas opiniones milita la razón. Así es como arrastran al pueblo por la autoridad de su ejemplo, y debilitan la masa de los vasallos leales. Cuando los acontecimientos les harán abrir los ojos; cuando al estruendo de la catástrofe conocerán que han sido víctimas de los villanos que patrocinaban, y que nada han hecho más que servir de escabel á la usurpación, entonces volarán á buscar una honrosa muerte á los pies del monarca; pero la monarquía se habrá ya perdido.

CAPITULO XLVI.

POLÍTICA EXTERIOR DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

¿Cómo hablaré del último recurso en que pretenden apoyarse los intereses revolucionarios? ¿Quién habría jamás imaginado que hubiera franceses que para

conservar unos mezquinos empleos, para proporcionar á los intereses de la revolución el triunfo, llegarían al extremo de apoyarse en autoridades que no son las de su patria, y amenazarían á los que no son de su modo de pensar, con fuerzas que gracias al cielo, no están en su mano?



VENGANZA.

Pero vosotros los que con la vista radiante de gozo nos afirmáis que los extranjeros son partidarios de vuestros sistemas (cosa que no me es posible creer); vosotros los que poneis vuestras nobles opiniones bajo la salvaguardia de las bayonetas extranjeras; vosotros, decidme, no sois los mismos que tanto acriminabais á los realistas por volver á la patria en hombros de

los aliados? ¿No tronaba vuestra furiosa indignación contra los generosos príncipes que se propusieron librar la Francia de la mas ominosa de las opresiones? ¿Qué es de aquellos heroicos pensamientos? Franceses tan altivos, tan sensibles al honor, ¿sois por ventura vosotros los que tratáis de persuadirme que os PERMITEN abrigar esas ideas, ó que os IMPONEN tal

ó cual opinion? ¿Vosotros, los que morais de vergüenza al decir en una sesion que un embajador extranjero queria absolutamente que se aprobara un proyecto del ministerio y se desechara una proposicion de las cámaras; vosotros, quereis que os dé crédito cuando me contais (no puede seguramente ser mas que una odiosa calumnia) que un ministro francés ha tenido tres horas de conferencia con un embajador extranjero para discurrir el mejor medio de disolver la cámara de los Diputados? Contais llenos de seguridad que se ha comunicado un reglamento á cierto agente diplomático que lo ha aprobado; y tales hechos pueden ser motivos de exaltacion y de triunfo para vosotros! ¿Quién de nosotros dos será mas digno del nombre francés? ¿Vosotros, los que me hablais de extranjeros al tratar de las leyes de nuestra patria, ó yo que en la cámara de los Pares he pronunciado las palabras siguientes? «Debo sin duda á la sangre francesa que corre por mis venas esta impaciencia que me agita, cuando para decidir mi voto se me habla de opiniones establecidas fuera de mi país: si la Europa civilizada quisiera imponerme por solo su autoridad la Constitución, yo por mi parte me iria á vivir á Constantinopla.»

De esta manera la faccion ha conseguido poner á los realistas en esta crítica situacion: si tratan de combatir el sistema de los intereses revolucionarios les amenazan con la Europa para reducirlos al silencio, y si con esta amenaza les cierran la boca, el sistema destructor sigue desarrollándose tranquilamente, y al par suyo la conspiracion contra la legitimidad.

¿Pues bien! Yo seré quien á mi riesgo y costa levantaré la voz: yo seré quien pondrá de manifiesto esa abominable intriga del partido que quiere nuestra ruina. ¿Cómo los malos franceses que sostienen sus opiniones por medio de tan villanos recursos no echan de ver que trabajan directamente contra su propia obra? ¿Qué poco conocen el espíritu de la nacion! Si fuera cierto que habia peligro en las opiniones realistas, veriais por esa misma razon que toda la Francia se precipitaba hácia ellas: un buen francés abraza siempre el partido donde hay peligro porque está seguro de que en él encontrará gloria.

Por lo demás ¿hay que admirarse que unos hombres que han ido ofreciendo la corona de los Borbones á quien quisiera tomarla; que segun sus propias expresiones preferirian una lanza y un gorro de cosaco á un descendiente de Enrique IV; hay que admirarse que la política de tales hombres guarde analogía con sus ideas? ¿Podrian comprender que no es encorbandose bajo las plantas de un dueño como se adquiere respeto, ni que no puede haber conducta noble sin aventurarse á correr algun peligro? Cumplid puntualmente vuestros tratados; pagad vuestras deudas; dad si es preciso vuestra última moneda; vendid vuestro último rincón de tierra, y el último despojo de vuestros hijos para pagar las deudas del Estado: lo demás es obra vuestra: quedareis desnudos; pero sereis libres.

Alejad vanos temores: los monarcas de Europa son demasiado magnánimos para intervenir en los asuntos particulares de Francia. Han adoptado la alta política de Burke. «La Francia, dice ese eminente hombre de Estado, debe ser conquistada y restablecida por sí misma, dejándola confiada á su propia dignidad. No sería honroso, conveniente ni político para las potencias extranjeras el intervenir en los pequeños detalles de su gobierno interior, en cuyos sistemas no podrían menos los gabinetes extranjeros de mostrarse ignorantes, incapaces y opresivos (1).» Los aliados han librado sus propios países del yugo de los Franceses: saben muy bien que las naciones deben gozar de

(1) Remarks on the policy of the allies with respect to France, p. 146. Octubre 1795.

aquella independencia de que no pueden ser despojadas sino solo por algunos momentos y que por último vuelven siempre á reconquistar: *spoliatis arma supersunt*. Si los monarcas de Europa tuvieron la generosidad, cuando todavía Luis XVIII no habia vuelto á su patria, de declarar que en nada se mezclarian por lo tocante al gobierno interior de Francia ¿por qué razon hemos de creer que faltando á esa promesa intervendrian en la actualidad? ¿Podrá nadie persuadirnos que aquellos soberanos se alarman por debates que no ignoran ser indispensables en los gobiernos representativos; ni que han llevado á mal que las cámaras francesas hayan discutido la existencia del tribunal de cuentas, y la inamovilidad de los magistrados? ¿Podrá nadie hacernos creer que van á armarse porque los diputados pretenden volver á dar algun esplendor á los altares regados con la sangre de tantos mártires, ó porque se ha creído justo y conveniente alejar á los asesinos de Luis XVI? ¿No sería lo mismo que insultar á esos grandes monarcas el representárnoslos acudiendo á socorrer á un espoliador, ó á un regicida y poniendo en marcha sus ejércitos para sostener á un recaudador de contribuciones que vacila en su destino, ó á un ministro que está á punto de perder la cartera?

La Europa no está menos interesada que los buenos franceses en defender la causa de la religion y la legitimidad: no puede menos de complacerse al ver el celo con que los representantes de esta nacion rechazan las funestas doctrinas que llegaron á ponerla al borde del abismo. Cuando en la tribuna resonaban blasfemias contra Dios y contra los reyes, los reyes justamente espantados, acudieron á las armas; pero ¿cómo es posible que en la actualidad las esgriman contra los que hacen tantos esfuerzos para despertar en los pueblos el temor de Dios y el amor á los reyes? ¿Quién hizo la guerra á Europa? ¿quién la ha aislado? ¿Quién insultó á los reyes? ¿Quién conmovió los tronos? ¿No son precisamente los mismos hombres contra quienes combaten los realistas? En verdad que si por permiso de la divina providencia se viese hoy á los príncipes de la tierra sostener á los autores de tamañas calamidades, si prestasen su apoyo para destruir los altares, y para descompaginación de la moral y la justicia, de la libertad y la monarquía legítima, sería preciso convenir en que la revolucion francesa no ha sido mas que el preludio de otra revolucion mas sensible y sería preciso reconocer tambien que el Cristianismo, pronto á desaparecer de Europa, la amenazaba con una catástrofe general. Los grandes trastornos en el orden político, van constantemente unidos con las grandes alteraciones en el orden religioso. ¿Tan cierto es que la religion es el verdadero fundamento de los imperios!

Hombres de buena fe que solo por una especie de fatalidad, seguís el sistema de los intereses revolucionarios, yo he cumplido ya mi comision: os he avisado. Considerad ahora adonde os conduce ese sistema. ¿Me creereis? pienso que no. Tomareis por apasionadas palabras de un enemigo lo que en realidad no es mas que la franca y sincera conviccion de un hombre honrado. Algun día quizás, cuando ya no sea tiempo, os pesará de no haberme escuchado; y entonces conoceréis quien era vuestro verdadero amigo. Vosotros confiais al presente en hombres que halagan vuestras debilidades; en hombres que os desencaminan, y que en ausencia vuestra os desprecian y se rien de lo que ellos llaman vuestra incapacidad. Ellos os impelen á cometer faltas que convierten en provecho suyo. ¿Vosotros creéis que os sirven con celo! Tened entendido que los unos no anhelan mas que por vuestros empleos y los otros por derribar el trono que vosotros sosteneis. Os lo predigo con toda certeza: no conseguireis el objeto que os habeis propuesto siguiendo el

sistema de los intereses revolucionarios: no llegareis á conseguirlo; una fatal ilusion os desencamina. Athamas juguete de un número enemigo creia estar ya viendo el puerto de Itaca, el templo de Minerva, el fuerte y la casa de Ulises: creia estar ya viendo en medio de sus tranquilos vasallos, en el antiguo palacio de Laerte, al monarca tan famoso por su sabiduría, que acrisolado por la desgracia habia aprendido al volver del destierro á conocer á los hombres; mas cuando se desvaneció la ilusion, Athamas no pudo ver mas que una tierra desconocida, sobre la que habitaba un pueblo entregado á discordias domésticas, en guerra con sus vecinos y gobernado por un extranjero perseguido por la cólera de los dioses.

CAPITULO XLVII.

HAY UN MEDIO DE VOLVER LA TRANQUILIDAD Á LA FRANCIA.

Dejaria demasiada amargura en el corazón de los Franceses terminando así mi trabajo, y por otra parte la obra quedaria incompleta. Si he presentado sin ningun disfraz los peligros que amenazan á la nacion, porque pienso que es necesario que despertemos al borde del abismo, si tengo temores vivos y fundados, no me faltan tampoco esperanzas que los contrarrestan: grande es el mal, pero el remedio es tambien infalible.

Nunca he asegurado nada en mis escritos sino en el tono de la desconfianza. Voy pues á usar por primera vez el lenguaje afirmativo y á proponer un medio que creo á propósito para volver á dar la tranquilidad á la nacion. A muchos se les habrá indudablemente ocurrido el mismo medio: ¡es tan sencillo! pero hasta el presente no tengo noticia que nadie lo haya seguido, ni desarrollado. Las preocupaciones, el interés, y las pasiones impedirán tal vez que se ponga en práctica en la actualidad; mas no vacilo en afirmar, que el gobierno no tendrá mas remedio que adoptarlo, ó dejar perecer á la nacion.

Voy á desarrollar mi plan, advirtiendo que no es una utopia: en materias de gobierno no caben sino ideas practicables.

CAPITULO XLVIII.

PRINCIPIO DE QUE NOS HEMOS SEPARADO.

Pudieron tal vez formarse las primeras sociedades por una reunion de hombres atraídos por unos mismos intereses y pasiones; pero no pudieron conservarse sino en tanto que no se estableció en su seno la religion, la moral y la justicia.

Ninguna revolucion ha terminado sino cuando la sociedad ha vuelto á respetar esos tres principios fundamentales de toda humana asociacion.

Ningun cambio político ha podido consolidarse sino cuando ha tomado por base el antiguo orden político que se proponia reemplazar.

Cuando los reyes desaparecieron de Roma, apenas ocurrió variacion ninguna en el Estado y sobre todo los dioses permanecieron inmutables en el Capitolio.

Cuando Carlos II volvió á subir al trono de sus padres, la religion recobró su fuerza, sus riquezas y su esplendor. Aplicaron el castigo á varios criminales: fueron destituidos algunos funcionarios débiles, pero el Parlamento conservó los derechos políticos que habia adquirido, y todo lo demás volvió á seguir su curso y marchó con las antiguas costumbres.

Hé aquí lo que nosotros no hemos querido hacer, y hé aquí la razon de verse la monarquía legítima amenazada de nuevas calamidades.

CAPITULO XLIX.

SISTEMA DE GOBIERNO QUE DEBE SUSTITUIRSE AL DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Con arreglo á los principios que acabo de reproducir,

debe ponerse en práctica el siguiente sistema para salvar á la nacion. Debe conservarse la obra política, resultado de la revolucion; pero separando la revolucion de su propia obra, en vez de encerrarla en ella como se ha hecho hasta aquí.

Deben mezclarse en cuanto es posible, los intereses y tradiciones de la antigua Francia con la nueva, en vez de separarlos ó sacrificarlos á los intereses revolucionarios.

Debe cimentarse el gobierno representativo en la religion, en vez de dejarla como una columna aislada en medio del Estado.

Quiero que se conserve toda la Constitución, todas las libertades, todas las instituciones producidas por el tiempo, por el cambio de costumbres, y por el progreso de las luces; pero juntamente con todo lo de la antigua monarquía que no ha perecido, con los eternos principios de justicia y de moral, y sobre todo, sin los hombres demasiado conocidos que han causado nuestras desgracias.

¡Extraña idea es por cierto el querer dar á un pueblo instituciones generosas, nobles, patrióticas é independientes, imaginándose que tales instituciones pueden establecerse confiando su establecimiento á personas que no han sido generosas, ni nobles, ni patrióticas, ni independientes! ¿Crear que puede consolidarse un presente sin un pasado, creer que puede plantarse un árbol sin raíces y una sociedad sin religion! Tan extraña pretension equivale á formar proceso á todos los pueblos libres, abjurar el consentimiento unánime de las naciones, y despreciar la opinion de los mas eminentes ingenios de la antigüedad y de los tiempos modernos.

Mi proyecto tiene por lo menos la ventaja de hallarse conforme con las reglas del sentido comun y con la experiencia de los siglos. Su ejecucion es facil y bien merece la pena de ser ensayado. ¿Qué ha ganado la nacion en seguir el carril por el que marcha rastreando hace tres años? Procuremos salir del. Hemos ya roto el carro una vez; si proseguimos con nuestra obstinacion, no llegaremos al término del viaje.

CAPITULO L.

EXPLANACION DEL SISTEMA.—CÓMO DEBE SER EMPLEADO EL CLERO EN LA RESTAURACION.

Al mandar Dagoberto reedificar el templo de San Dionisio, arrojó á los cimientos del edificio las joyas mas preciosas que tenia: pongamos, pues, nosotros la religion y la justicia en los cimientos del templo que estamos edificando.

Todas las proposiciones de la cámara de los Diputados, relativas al clero, no solo eran justas, sino morales, y ademas eminentemente políticas. No lo vieron así los espíritus superficiales, pero ¿qué es lo que ven estos espíritus?

¿Queréis que las nuevas instituciones inspiren amor y respeto? Haced que el clero las ame y las predique de corazón. Conducidlas al antiguo altar de Clodoveo con el rey; haced que sean ungidas con el óleo sagrado: asista el pueblo á su consagracion; y me atreveré á decirlo, desde aquel momento principiará su reinado. Hasta aquel instante la Carta carecerá de sancion á los ojos de la multitud; la libertad que no nos viene del cielo, siempre nos parecerá obra de la revolucion, y no nos adheriremos nunca á la hija de nuestros crímenes y nuestras desgracias. Efectivamente, ¿qué valor puede tener una Constitución que siempre que se hable de Dios y de sus sacerdotes se creeria puesta en peligro? ¿Una libertad cuyos aliados naturales serian la impiedad, la inmoralidad y la injusticia?

Mas para que el clero se haga partidario de vuestro gobierno, libradle de esa especie de proscricion de que se ve amenazado y que al parecer no es obra sino